

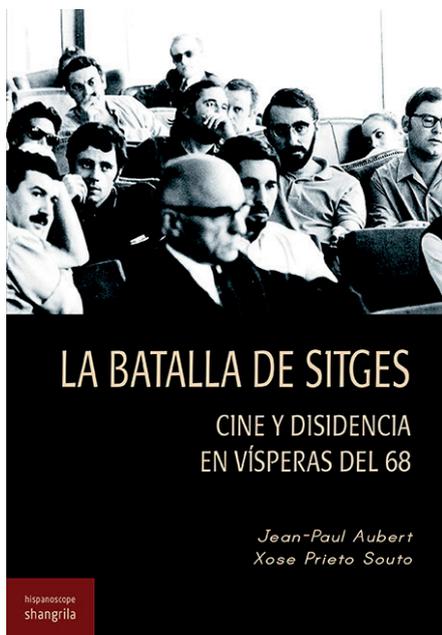
LA BATALLA DE SITGES. CINE Y DISIDENCIA EN VÍSPERAS DEL 68

Jean-Paul Aubert y Xosé Prieto Souto

Madrid

Shangrila Ediciones, 2021

158 páginas



La «batalla de Sitges» ha sido durante demasiado tiempo un punto ciego en la historiografía cinematográfica española. Y, a pesar de ser tan desconocida, y de incluso ubicarse entre el mito y la leyenda, historiadores e historiadoras seguíamos haciendo referencia a este evento como indiscutible punto de inflexión. Es llamativo que nadie se hubiera enfrentado aún a la tarea de construir el relato y las interpretaciones de un momento que tanto tiene que ver, además, con una historia transnacional del cine, ahora que esa es una de las aproximaciones centrales de la disciplina. Jean-Paul Aubert y Xosé Prieto Souto, autores de *La batalla de Sitges. Cine y disidencia en vísperas del 68*, parecen haber aceptado el reto tácito de cubrir este vacío historiográfico, habiendo conseguido además unos resultados notables y produciendo, estoy segura, lo que será una obra de referencia de ahora en

adelante. Por fin se han compilado los testimonios, informes y noticias de prensa, entre otra documentación, que permiten un análisis y una aproximación a un evento clave tanto para el discurrir de la historia del cine español, como para la propia relación del régimen franquista con las prácticas cinematográficas, la industria y sus instituciones.

Siempre es de agradecer, además, que, como hacen los autores, se expliciten los motivos que llevaron a desarrollar el trabajo. Un ejercicio que, en cierta manera, visibiliza las bambalinas de la práctica histórica, haciéndola más realista y accesible. En este caso, se trató de la donación del archivo del crítico cinematográfico David Pérez Merinero a la Universidad Carlos III de Madrid, que contenía en su acervo documentación sobre el evento. En este sentido, a la interpretación de estas nuevas fuentes, se le sumó la recopilación y manejo del resto de materiales escritos, el hallazgo de otros documentos inéditos, sumado a las entrevistas realizadas por los propios autores y a otros testimonios escritos del suceso; un dominio exquisito de las fuentes. La información recogida es puesta así en perspectiva con otros ejes que permiten historizar el evento de una manera rica y compleja a través de sus distintos capítulos, dedicados a las políticas del llamado aperturismo franquista, el papel de las escuelas y la enseñanza cinematográfica, el movimiento estudiantil de finales de los sesenta, la emergencia de la contracultura y las fisuras en el seno de la izquierda, especialmente en la oposición comunista y las prácticas cinematográficas alternativas.

La conocida como «batalla de Sitges» hace así referencia a la Primera Semana Internacional de Cine-Foto-Audiovisión celebrada en la ciudad barcelonesa entre el 30 de septiembre y el 6 de octubre de 1967. Sabíamos que la cena de clausura, celebrada en los salones del lujoso Hotel Calípolis, y a la que acudieron el alcalde de Sitges, José Antonio Martínez Sardá, el director de la Escuela Oficial de Cine, Carlos Fernández Cuenca, y otras autoridades, entre ellas el capitán de la Guardia Civil, había acabado en trifulca. El motivo fue el intento de algunos participantes de repartir las conclusiones que habían redactado durante las jornadas y que exigían, a modo de manifiesto, cuestiones tan peregrinas en dictadura como el fin del sindicato nacional de espectáculo y la creación de uno de base democrática, la supresión, no sólo de cualquier permiso de rodaje, sino también de la censura previa y la libertad de exhibición. En definitiva, se quería acabar con el control de los mecanismos de producción,

distribución y exhibición, así como de las subvenciones y otras etiquetas que ensalzaban unas producciones en detrimento de otras. Ante el intento de dar una difusión más allá de las propias reuniones a un texto que se consideraba fuera de todo lugar, las autoridades intervinieron. Pero no todo empieza esa noche. Los autores consiguen recrear de forma vívida las diferentes capas que fueron promoviendo el caldo de cultivo de lo que culminó en desastre. Ya desde su inicio, la proyección de una película sobre la guerra de Vietnam caldeó el ambiente. Y, aunque, como bien señalan los autores, el origen de las jornadas tuvo más bien que ver con las políticas desarrollistas vinculadas a potenciar el turismo que al propio interés cinematográfico, la época es más compleja que todo eso. A la par que se perseguía el objetivo económico, las jornadas formaban parte de la campaña de lavado de cara del régimen, que hacía uso de este tipo de eventos para venderse internacionalmente como Estado moderno y cosmopolita. Por eso, sus asesores no eran meros técnicos franquistas, sino renombrados profesionales del sector, como Pere Fages y Antonio Kirchner, además de que, entre los asistentes, había exalumnos de la Escuela Oficial de Cine tan reconocidos como Joaquín Jordà, Manuel Revuelta, Antonio Artero o Román Gubern, que, por cierto, acabó presidiendo las jornadas. Gracias a este trabajo, y en este sentido, podemos adentrarnos en un programa lleno de paradojas que incluía, entre otras actividades, unas Jornadas Internacionales de Escuelas de Cinematografía dedicadas al nuevo cine europeo. A ellas asistieron estudiantes de otras escuelas europeas desde el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma al Instituto Cinematográfico de Estado de la URSS, la Escuela Checoslovaca FAMU o, por supuesto, la EOC. A las sesiones de discusión planteadas, les seguían luego proyecciones de las prácticas de las distintas escuelas. Como otras políticas aperturistas culturales, siendo estas completamente utilitaristas, sí servían al final para poner en contacto a la escena nacional con lo que estaba pasando fuera, tal y como había sucedido con las bienales artísticas hispanoamericanas y otros eventos análogos. Además de estas jornadas más profesionales y que promovían, al fin y al cabo, un cine de calidad, se organizó un Salón Internacional de Fotografía, de clara orientación turística, ya que su propio tema central era «España vista por los turistas que nos visitan». En esta misma línea, el evento también estaba pensado para otorgar los premios «Claves de Sitges» a profesionales de la Televisión.

Uno de los documentos inéditos que destaca es el que los autores localizaron en el Arxiu Històric Municipal de Sitges, y que se reproduce en anexo. Redactado posiblemente por un empleado de la alcaldía poco después de la trifulca, se trata de un texto interno de la administración franquista que, como afirman los autores, sirve para manifestar la dimensión política que había adquirido el encuentro, así como para eximir al alcalde de toda responsabilidad. Entre las muchas y llamativas aseveraciones, destaca el esfuerzo por demostrar que los responsables del alboroto solo fueron un pequeño foco que, por cierto, «vestía indecorosamente». Asimismo, y en contra de los testimonios de otros asistentes, como el de Fages, trata de negar que se produjeran detenciones para evitar así la posibilidad de que los estudiantes fueran vistos como víctimas y que pudieran devenir «mártires» de la batalla. Leyendo este texto, no extraña que, a partir del año siguiente, el evento deviniera Semana Internacional de Cine Fantástico.

Sin embargo, en el libro, la anécdota se expande más allá en el tiempo para seguir desgranando y complejizando su marco histórico. Un ejemplo es la relación que se establece entre las Jornadas de Sitges y las Conversaciones de Salamanca en tanto revela hasta qué punto la evolución es disruptiva. En su propio manifiesto, Sitges parece contestar a las Conversaciones del 55 haciendo toda una declaración de intenciones antiposibilista. Si en Salamanca se pedía la redacción de unos criterios de censura claros, en Sitges se había declarado el derecho a lo imposible. Por otro lado, esta emergencia revolucionaria se vincula, más allá del campo cinematográfico, con la emergencia política del sector estudiantil de los años sesenta. Una transgresión que también se vivía en otras experiencias contraculturales al margen de la oposición mayoritaria abanderada por el Partido Comunista. Aunque, además de la efervescencia antifranquista, que las jornadas tuvieran lugar un año antes del mayo francés, también hace inevitable pensarla desde el marco de la situación de revuelta internacional por venir, a la vez que otorga a Sitges un valor peculiar como antesala periférica de la eclosión que se viviría pocos meses después. Una de las apuestas más sugerentes del texto es precisamente abrir la interpretación del evento al propio caldo de cultivo político nacional e internacional. Sin embargo, y aunque se señala que otro de sus orígenes es la propia crisis del PCE, este sigue presidiendo una narrativa de la oposición aún copada por su protagonismo. Habría sido enriquecedora una escritura con más conexiones hacia

las experiencias contraculturales, más allá del situacionismo francés; los movimientos marginales empezaban a no serlo tanto a aquellas alturas de los sesenta.

Este libro cumple así una función fundamental. Dar por fin forma, como sostienen sus autores, a un fantasma de la propia historiografía. La anécdota del guantazo, los gritos, bofetadas e incluso alguna detención, va más allá. Aquello en lo que había quedado el evento por falta de interés y de bibliografía, ahora parece más claro y concreto, se materializa en él un proceso histórico de

tensiones y rupturas que daba comienzo, a su vez, a la transición a la democracia. Se trató de un quiebre que evidenció el fin del posibilismo, y supuso una ruptura entre las prácticas cinematográficas con las instituciones franquistas tras el denominado aperturismo/desarrollismo y la entrada en la etapa dura y represiva de los últimos años del régimen. Una condensación histórica a la que ahora tenemos acceso de otro modo.

Lidia Mateo Leivas